

Autobiografía

MAGALI LARA

Nací en la Ciudad de México en noviembre de 1956. Soy la séptima hija de una familia yucateca de nueve hijos. Nada en nuestro medio ambiente nos presagiaba algún tipo de vocación artística pero somos tres hermanos que escogimos serlo. Fui una niña extremadamente quieta y silenciosa. Lo que mejor hacía era mirar y el mundo me parecía incomprensible. Los libros que primero me regaló mi mamá y luego mi hermano Hernán fueron no un refugio sino una vida paralela como ahora son los sueños.

Tener vocación es una suerte. La mía apareció de manera inoportuna pero con una fuerza que no dudé en aceptarla como el motor de mi vida. Desde entonces es a través de ella que he llegado a sitios desconocidos pero a los que, indudablemente, pertenezco.

La manera en que mi trabajo se estructura me es dada como pequeñas revelaciones que me abren una perspectiva para plantearlo así como mi propia identidad.

Mi obra tiene una parte confesional pero existen otras voces, reflejos o influencias de las que no siempre sé su procedencia.

Éstas son tres de las pequeñas revelaciones que explican mejor mi biografía como artista:

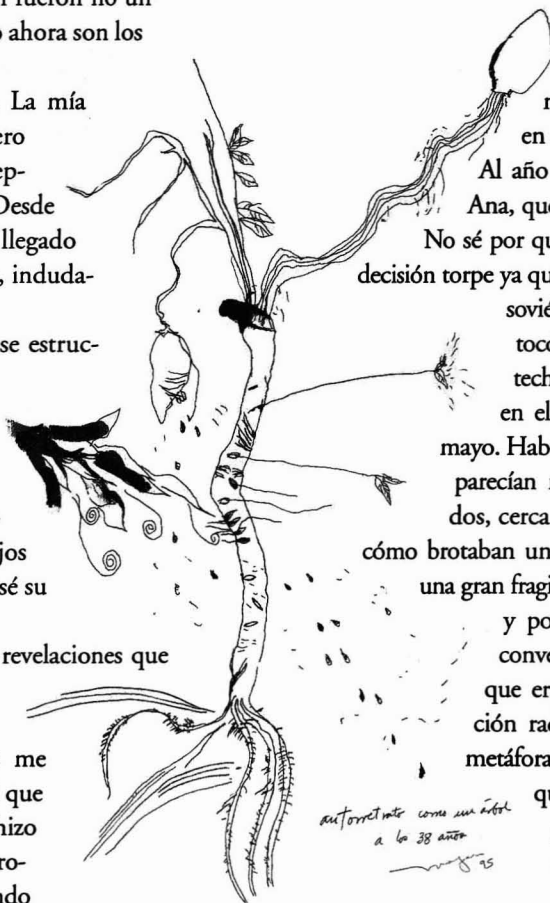
Alrededor de los catorce años me cayó, como un rayo, un deseo sexual que sin más me apartó de los libros y me hizo ir fuera. Como personaje de Gombrowicz, desarrollé un apetito por el mundo erótico y sentimental, sin excluir la violencia y el delirio de persecución. Así decidí empezar a dibujar.

En 1988, en la Habana, Cuba, un amigo me llevó a que me leyeran las cartas por primera vez. La señora abrió la puerta de su modesto apartamento de La Habana Vieja. Me aclaró que sólo porque parecía que me encontraba en verdaderos apuros accedía a recibirme en su día de descanso. Sacó un paquete de barajas de cartón con el logo de Iberia. Pensé que tendrían como treinta años con ella. Cuando comencé me conmovió profundamente cómo, de esas imágenes que a mí no me decían nada, podía leer el mundo, o mi vida en este caso. Desde entonces creo en el poder de revelación de las imágenes.

Al año siguiente decidí ir a ver a mi hermana Ana, que entonces estudiaba música en Varsovia.

No sé por qué tomé el tren desde París pero fue una decisión torpe ya que tardaba veinticuatro horas. Era un tren soviético, sin coche comedor y para colmo me tocó la litera superior, prácticamente en el techo. Así que la mayor parte del viaje la pasé en el corredor mirando por la ventana. Era mayo. Había unos árboles podados de tal forma que parecían muñones. Estaban violentados, mutilados, cerca de la muerte. Como yo. Y entonces vi cómo brotaban unas ramas delgaditas, al principio con una gran fragilidad que me daba ternura o compasión, y poco a poco se llenaban de verde hasta convertirse, de nuevo, en algo vivo. No eran lo que eran anteriormente y en esa transformación radicaba la clave; encarnaban las eternas metáforas que hemos dejado de lado pensando que somos mejor que eso. Me identifiqué por vez primera con el paisaje, en algo que no sólo era mi historia personal.

Siempre me gustó leer libros de viaje. Tal vez mi trabajo no es sino un pretexto para trazar esas imágenes que me permiten leer el mundo. ♦



autorretrato como un árbol
a los 38 años